

Reportaje a la Noche de los Volantines



ICTUS indaga sobre las culpas compartidas¹

Juan Andrés Piña

Crítico teatral

El paulatino retorno a la democracia en Chile -y el rechazo al gobierno de Pinochet en el plebiscito de octubre pasado- no ha significado necesariamente que la cultura en general y el teatro en particular hayan de inmediato abordado temas antes intocados a los que la dictadura impedía referirse. Ello por una

"La Noche de los Volantines": Héctor Noguera, José Secall y Edgardo Bruna (Foto: Bob Borowicz).



razón simple: la mayoría de esos temas ya se habían reflejado sobre los escenarios -metafórica o fotográficamente- desde hacía muchos años, cuando incluso el teatro cumplió la función supletoria de hablar por quienes no podían, o no se atrevían, a hacerlo.

En este sentido, la huella trazada por el grupo Ictus en estos años ha sido ancha y profunda, al menos por dos elementos que han formado parte de su estética en el período: por un lado, tocar conflictos, dramas o simples situaciones respecto a las nuevas condiciones de la vida nacional que afectaban profundamente a la esencia del país y que no correspondían a la tradición histórica chilena: la cesantía (**Pedro, Juan y Diego**), la censura (**Cuántos años tiene un día**), la imposición de un modelo económico individualista (**Lindo país esquina con vista al mar**), el exilio (**Primavera con una esquina**

¹ El presente artículo fue publicado en la revista teatral española El Público, en agosto de 1989. Por el balance de la actividad del grupo Ictus en los últimos años y su valorización en el panorama del teatro chileno, hemos considerado de interés reproducirlo.



"La Noche de los Volantines": José Secall y Paula Sharim
(Foto: Bob Borowicz).

rota) o los detenidos desaparecidos (**Lo que está en el aire**), tratando de trascender la contingencia más cotidiana. Por otro lado, Ictus ha trabajado desde finales de los años sesenta espectáculos mucho más teatrales que literarios, donde la expresividad de lo propiamente escénico ha primado sobre la palabra o la verbalidad, sacudiéndose a ratos el excesivo realismo que caracteriza al teatro chileno.

La noche de los volantines, su reciente estreno, basado en textos del propio grupo y del dramaturgo Marco Antonio de la Parra, también pretende referirse a un tema de la actualidad que solamente se ha puesto en el tapete de la discusión a propósito del inminente retorno a la democracia: la memoria o el olvido frente a los atropellos a los derechos humanos, incluido el derecho a un trabajo justo y remunerado. Para ello se recurre a la historia de tres empleados de clase media: Juan Cabello (José Secall), Alberto Aceituno (Edgardo Bruna) y Carlos Máspoli (Héctor Noguera). Durante la primera escena, el trío está emborrachándose en alguna boite de mala muerte, comentando los despidos ocurridos en la oficina, peleándose por naderías, recordando... La segunda escena ocurre aparentemente en la calle, donde continúan borrachos, aunque traspasando a un nivel simbólico: sus comentarios giran en torno a la historia chilena más reciente, como muertes, asesinatos, torturas y degollamientos.

"La Noche de los Volantines": Héctor Noguera, José Secall y Edgardo Bruna (Foto: Bob Borowicz).



tos. La tercera escena, en fin, vuelve a ocurrir en el bar y se adivina que las acciones callejeras han sido un sueño o una pesadilla, que aunque teñidas de lirismo, corresponden a una óptica realista.

A medida que la obra avanza, el tiempo en que la acción transcurre se hace más difuso, mezclándose el pasado con el presente y viéndose todo como una simultaneidad de la memoria del país. Allí radica, seguramente, lo más sugerente y diverso del espectáculo, como un concepto que brota desde su estructura misma.

Durante la hora y media de duración de **La noche de los volantines**, el espectador está frente al discurso alcohólico de unos seres menores, acaso marginales a los grandes acontecimientos. En una primera mirada la perspectiva es sólo costumbrista, es decir, aparecen el sentimentalismo, la incoherencia, la lucidez y la agresión propia de los borrachos; sin embargo, en otro plano, la obra intenta abarcar dramas o conflictos políticos propios de estos años, vistos desde la óptica de una clase media culposa y culpable, que en alguna medida cerró los ojos frente a lo que ocurría a su lado. Pero es precisamente en ese salto desde la reconstrucción más o menos criollista al rescate histórico, donde el intento no resulta del todo, ya que esos temas parecen metidos a la fuerza, ajenos a la situación original (tres borrachos en un bar), intercalados más por una verba imparabile que por una situación dramática concreta. A pesar de la coautoría de Marco Antonio de la Parra, no existe aquí ese universo nebuloso, onírico, exploratorio de lo oscuro y donde haya interpretaciones más ricas y variadas de los temas y los personajes. Una de las razones de ello puede ser que originalmente esta obra fue concebida en 1979, conjuntamente por el grupo y el dramaturgo.

Otra discusión

La presentación de **La noche de los volantines** ha provocado una esperable discusión y reac-

ción, donde muchos han dicho que ya se ha abundado tanto sobre los acontecimientos concretos aquí referidos, que la obra es excesivamente reiterativa. En rigor, y aunque estos temas se hayan escenificado bastante, la nueva puesta de Ictus plantea otra discusión que se refiere no al qué se dice, sino al cómo. En efecto, las causas de sus fallas se deben a su concepción original, a su ausencia de conflicto, a basarse en exceso sobre la palabra dicha y no en la acción concreta. Así, **La noche de los volantines** no consigue empalmar del todo el retrato más o menos fotográfico, con la incursión en los fantasmas interiores de los protagonistas y desde allí proyectarse hacia las profundidades de un país. En este sentido, se ha preferido por parte de Ictus -y de la dirección de Nissim Sharim- más un documento de verdades nacionales, antes que explorar caminos distintos para referirse a esas mismas verdades.

Pero con todo, la obra es fructífera en algunos sentidos. Uno de ellos es colocar el tema de la teatralidad y las nuevas formas de escenificación, y cómo responder más contemporáneamente a una nueva sensibilidad de fines de siglo. Por otro lado, **La noche de los volantines** penetra en un aspecto que de todas maneras ha permanecido intocado: las responsabilidades de la sociedad en la fabricación de su historia, en este caso a través de tres seres menores que intentan comprender qué ha sucedido. Así, si antes se habló en escena de realidades negadas que la nueva situación política-militar acarrea, ahora se pretende conocer las causas de tales acontecimientos. Ello parece ser un tema que el teatro chileno está indagando progresivamente: por estos días de presenta en Santiago **Ingenuas palomas**, del dramaturgo Alejandro Sieveking, donde a través del formato del thriller, la ironía y lo grotesco, el autor ausculta las reacciones de tres mujeres maduras frente al crimen y el horror, el que livianamente justifican o simplemente escamotean. Tanto esta obra como **La noche de los volantines**, pues, ahondan en un tema que seguramente se volverá importante en el teatro chileno del próximo período.